

Joan Manuel Tresserras es profesor de Historia de la Comunicación en la Universitat Autònoma de Barcelona y miembro del Consell de l'Audiovisual de Catalunya. Es autor, con Enric Marin, de *Cultura de masses i postmodernitat*.

Las identidades en la sociedad informacional

Joan Manuel Tresserras

En muy pocos años, coincidiendo con la crisis del pensamiento de la izquierda de tradición marxista y la perplejidad difusa que acompañó a la llamada postmodernidad, se ha abierto camino una revolución social escasamente anticipada. Se trata de una transformación parcial y desigual todavía, pero se expande vertiginosamente. Ha implicado ya, en amplias áreas de occidente, de la cuenca del Pacífico y en algunas potencias emergentes, una profunda renovación de las formas de vida, de las relaciones sociales y de los procedimientos por los cuales los grupos humanos se proporcionan unos estilos de vida, unos criterios de construcción de sentido y unas identidades, expresados mediante sus respectivas culturas.

La informacionalización, la digitalización y la globalización se hallan en la base de esta revolución en marcha de nuestros días; la enmarcan y la estimulan. Se trata de una revolución cuyo fundamento tecnológico se manifiesta a través de la innovación constante, pero que es también económica y cultural. Modifica el trabajo, las empresas, las relaciones personales y el ocio.

Lo específico de este proceso acelerado de mutación es que parece transformarlo todo a partir especialmente de la reconversión de las formas de producción industrial de la cultura y del conocimiento. La convergencia entre la informática, las telecomunicaciones y los medios de comunicación aparece como la estrella de la operación. Pero es la repentinamente visible centralidad de la información y el conocimiento en todos los procesos sociales, es el crecimiento exponencial de la propia producción de información, es la modificación de los mecanismos de su transmisión, es la aparición de nuevas formas de almacenamiento y de acceso, con las nuevas posibilidades de manipulación y procesamiento... Son todo este conjunto de circunstancias coincidentes e interdependientes lo que está marcando el tránsito hacia una nueva era.

Es cierto que incluso las mejores obras de reflexión sobre el actual fenómeno de la informacionalización social y sus extraordinarias repercusiones, como la magnífica y extensa *La era de la información* de Manuel Castells, acusan un ancho margen de provisionalidad. Además han sido objeto de las iras del pensamiento apocalíptico conservador, aunque éste suela disfrazarse de pensamiento de izquierdas, parapetado en un puñado de venerables publicaciones, y adjudique en exclusiva al neoliberalismo la patente del llamado «pensamiento único». La imputación de determinismo tecnológico ha sido la más común de las críticas proferidas contra quienes han intentado comprender la naturaleza profunda de la reestructuración del capitalismo desencadenada por un nuevo modo de desarrollo, el informacional, que sitúa la información y el conocimiento como la nueva clave de la productividad.

En estas páginas, sin embargo, partiremos de la convicción de que nos enfrentamos a un cambio de civilización, de que este cambio tiende a hacerse global, y de que condiciona los modos de organización social, afectando los procesos de construcción, asignación y reproducción de identidad y provocando la configuración de nuevos sujetos históricos. Concebiremos la sociedad actual como el resultado de una transformación cualitativa del capitalismo, caracterizada por el

predominio de una lógica social y un modelo de desarrollo establecidos en torno al eje información/comunicación y a las tecnologías involucradas en su consolidación. El consiguiente aumento de la cantidad de información que los sistemas sociales metabolizan y múltiples fenómenos asociados, como la relativa desterritorialización y la progresiva hibridación de las culturas, provocarían cambios decisivos en la vida cotidiana de las comunidades y la conformación de nuevos modos de percepción, de participación, de diferenciación y de discriminación social. Estas realidades sustancialmente nuevas son las que exigirían la renovación de los instrumentos teóricos para adaptarlos a la evaluación de lo extremadamente complejo, y para orientar políticas de intervención que, más allá del mero lamento fatalista y desmovilizador que únicamente vislumbra la inminencia de la catástrofe de lo popular, sean capaces de aprovechar, desde una perspectiva de compromiso social igualitario, humanista y progresista, las oportunidades liberadoras que el ciclo transformador pueda contener.

Identidad y dominación en el estado-nación y en la empresa-red

La generación, el procesamiento y la transmisión de información se han constituido no sólo en una clave fundamental de la productividad, como apuntábamos, sino que han devenido en mecanismo de creación de desigualdad y en factor decisivo de dominación. Acostumbrados a enfrentarnos a la desigualdad y la dominación que emanaban de factores económicos (la propiedad, el capital) y de factores políticos (la fuerza, el poder, el control del estado), debemos incorporar una idea de desigualdad y una forma de dominación de gran alcance que se sustentan en la distinta capacidad que tienen personas y grupos para acceder a la formación avanzada, la información de calidad y el conocimiento especializado.

La sociedad informacional se entrelaza con la globalización del capital, de segmentos importantes de la innovación científica y técnica, de una parte considerable de los mercados y de ciertos tipos de trabajo. Esta mundialización de la acumulación, de la producción, de la circulación y del consumo arrastra consigo el establecimiento de una compleja división del trabajo y de una correlativamente compleja estratificación social. Pero la resistencia de los aparatos de estado como modo de articulación local de la dominación política actúa como freno del proceso de agregación de los escenarios locales de confrontación en un gigantesco escenario internacional donde dirimir los conflictos fundamentales de naturaleza global.

Resulta difícil, de este modo, desenmascarar lo que hay de verdaderamente nuevo en las formas actuales de dominación a escala mundial. Sobre todo cuando el crecimiento de las fracturas y de los abismos sociales va acompañado de mayores posibilidades de ocultación de las auténticas atalayas del poder. Cuando la dominación estructural se disimula y se hace más sutil, más imperceptible. Porque la nueva dominación cabalga sobre la antigua –las viejas dictaduras, los viejos ejércitos, las viejas victorias–, pero incorpora una enorme capacidad de intervención sobre las fuentes de materiales con los que los grupos y las sociedades elaboran su consciencia como sujetos históricos y sus identidades.

El poder tradicional fundado en lo militar, lo político, lo económico y lo mediático convencional, se ha configurado también, mediante el peso creciente de los grandes conglomerados de la comunicación (telecomunicaciones, medios e industrias culturales), como poder de acceso, poder de emisión y de difusión, poder de presencia y de ocupación del espacio público, poder de imposición de agendas temáticas, lenguajes, géneros, formatos, ritmos y horarios,

poder de creación e innovación. Esto le permite actuar en el establecimiento y la jerarquización de lo que cabe considerar como relevante y como secundario, curioso o significativo, castizo o moderno, peculiar o banal.

Esta capacidad de intervención sobre los centros de producción cultural se da en pleno proceso de concentración de empresas, de desregulación y apertura de mercados, y en paralelo a la creciente presencia de productos concebidos para públicos multinacionales a través de las redes de telecomunicaciones. La consecuencia del avance de la globalización (concentración empresarial en grandes conglomerados, diversificación de la oferta desde pocos centros; unificación de mercados de gran consumo, refragmentación de mercados en segmentos especializados de consumo) en las industrias de la comunicación y la cultura es la parcial uniformización de porciones de identidad.

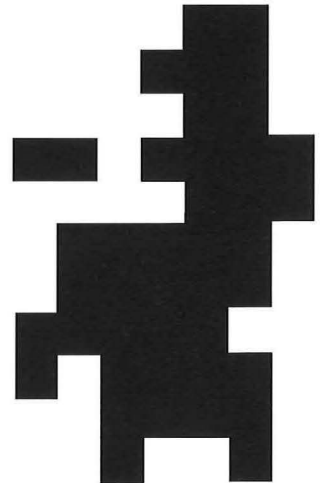
Si entre las múltiples capas de las identidades tradicionales, el peso de las experiencias en el mundo real de proximidad ha venido resultando decisiva, asistimos ahora al desarrollo de texturas identitarias compartidas que, originadas en el corazón de las factorías de la ficción y del imaginario simbólico, atraviesan los antiguos territorios culturales y establecen conexiones transversales. La capacidad de arraigo en la periferia occidental de viejas teleseries o de la música pop-rock de hace más de treinta años, palidece ante el éxito casi planetario de algunos fetiches actuales. En cierto sentido, el estado-nación parece haber cedido una parte de su función monopolizadora de la producción simbólica y de asignación de identidad a la industria-red de la información y la comunicación, capaz de producir casi en exclusiva nuevas generaciones de héroes portadores de nuevos valores de referencia, especialmente para los nuevos públicos jóvenes globalizados.

La gran empresa y la gran marca aparecen ya como productoras de organización y de identidad a través de la fidelización de trabajadores y, especialmente, de consumidores. La gran empresa está mostrando su capacidad para adoptar una posición preeminente en los bazares identitarios, proporcionando referencias estéticas, simbolizando ideologías, proponiendo retazos de personalidad. A semejanza de la religión y sus rituales, o del estado-nación y los suyos, la empresa-red global –con su colección de marcas y canales de significación– se presenta como organizadora y distribuidora de información y conocimiento, como dispensadora de huellas de reconocimiento, como señal de estatus, de éxito, de adscripción grupal, en definitiva de identidad. Se concibe a sí misma como una verdadera empresa-entidad o empresa-asociación, se propone como órgano prestador de servicios de interés general, y se envuelve de determinados valores que supone vinculadores, con los públicos a los que se dirige y a los que contribuye a organizar. Creando su propio mercado, construye organización social, establece vínculos y referencias compartidas, delimita espacios y campos de sentido.

La expansión de los ecosistemas centrales

La naturaleza ecológica de los sistemas de comunicación y cultura ya ha sido reconocida en campos tan diversos como el de los modelos de difusión de lenguas, el desarrollo de la relación entre la oralidad y la literalidad, o la historia de los medios de comunicación. En general, la perspectiva ecológica sobre los sistemas de comunicación social contempla, para cada época y para cada estadio

El estado-nación ha cedido una parte de su producción simbólica y de asignación de identidad a la industria-red de la información.



tecnológico, unos umbrales de carácter geográfico y de carácter demográfico. Efectivamente, el nivel de desarrollo de las tecnologías de la comunicación disponibles, en una sociedad y en un momento dados, contribuye a delimitar el espacio territorial que puede cubrir una determinada cultura. En ello inciden también factores como la organización del estado o la misma configuración orográfica, pero el grado de cohesión requerido para garantizar la unidad de lenguajes y de referencias no permite una extensión ilimitada, sino aquella que la tecnología disponible y el desarrollo organizativo permiten alcanzar.

De modo parecido a lo señalado acerca de los umbrales geográficos, podemos apreciar que se dan históricamente umbrales demográficos que los ecosistemas de comunicación no pueden superar y que son dependientes, no exclusivamente pero sí en buena medida, de la tecnología de la comunicación. La tendencia a la fragmentación y a la dialectalización de las culturas y los ecosistemas comunitarios de amplia base, cuando se produce la pérdida del propio estado o la dimisión de las clases dirigentes, resulta elocuente al respecto. La historia moderna y contemporánea de Europa proporciona ejemplos abundantes por todas partes, con sus movimientos de población y sus procesos de desplazamiento, asimilación y sustitución de lenguas y culturas en retroceso por otras en ascenso, y la función en estos mismos procesos de la imprenta, la prensa, la escuela, la administración, el cine o la radio y la televisión. El objetivo de hacer coincidir a toda costa el perímetro del estado y el de la administración con el del mercado y el del sistema de comunicación y cultura resulta clave en el desarrollo del estado-nación.

En la actualidad, el despliegue de las llamadas «nuevas» tecnologías de la información y la comunicación ha permitido el desarrollo periférico de algunos ecosistemas de comunicación de núcleo metropolitano hasta que han irrumpido en las sociedades subalternas. El proceso de globalización, en su dimensión comunicacional, supone la expansión planetaria de algunos antiguos ecosistemas imperiales, especialmente del norteamericano, que se superponen a los locales.

Con esta sobreposición se desencadena una modificación trascendente de las redes de relaciones sociales. Así, por ejemplo, aumenta la facilidad de acceso de los «incluidos» en las audiencias y en las redes transnacionales a determinados mensajes suministrados por la industria mediática hegemónica. Con ello crece, sin duda, la posibilidad de intervención desde los centros del poder cultural sobre los mecanismos de generación y reproducción de identidad de las comunidades y las sociedades subordinadas. Pero también se incrementa, en contrapartida, el volumen de información fácilmente disponible en cualquier parte, aun en condiciones precarias de orden político o económico.

Aumenta, por consiguiente, la capacidad de participación de individuos y grupos en fenómenos de consumo/recepción de carácter global. Y el análisis de este fenómeno no puede reducirse únicamente a mostrar el peligro de uniformización y de disolución de las identidades locales tradicionales. Las identidades locales tradicionales no son fósiles ni mero material de museo, fijadas por una apariencia, unos contenidos y unas expresiones inmutables. Las identidades, incluidas las de raíz y tradición nacional-popular, son dinámicas y cambiantes y no pueden mantener su ritmo de reproducción y regeneración permanentemente al margen del palpitar histórico general de cada época.

La conexión a la provisión de materiales externos –aunque sean «contaminados» por la gran industria de los medios y del ocio– puede entrañar también una oportunidad de renovación del propio patrimonio simbólico e incluso de su proyección exterior. El aislamiento o la objeción

frente a la creciente –y desigual y discriminatoria– globalización del conocimiento y la cultura puede constituir un modo de autoexclusión. Y desde la exclusión es más difícil plantear políticas correctoras que se propongan convertir la mera denuncia en transformación efectiva de las condiciones reales de creación y reelaboración de los patrimonios culturales e identitarios.

Complementariamente, conviene recordar que en materia de cultura, lenguajes, símbolos y rituales, el consumo y la producción a menudo se funden en la participación. En el ámbito de la comunicación y la cultura, el momento de la recepción y el consumo lo es también propiamente de producción en tanto que contempla y realiza el proceso de reasignación de sentido. Es desde la propia tradición, desde la propia mirada, desde el propio punto de vista, desde lo que cada uno es, que se leen y se interpretan los mensajes. La apropiación de significados que se opera mediante las acciones de recepción se ejecuta de tal modo que los mensajes son disueltos en estrategias más amplias de comprensión y, simultáneamente, el sujeto receptor incorpora información a su propia experiencia, reconstituyéndose a partir de ella. Además de en la producción escueta, es también en las prácticas de recepción donde se manifiesta la singularidad de los sistemas de comunicación y cultura. Su personalidad y su capacidad de reintegración, reutilización y reinterpretación. Su fortaleza como ecosistema social y su productividad en términos de generación de identidad. Su capacidad de adaptación al cambio, de renovación de los propios lenguajes distintivos, y su potencial aprovechamiento de las contradicciones, las paradojas y las oportunidades que el nuevo orden/desorden cultural global pueda ofrecer.

Nuevas oportunidades de elección de identidad

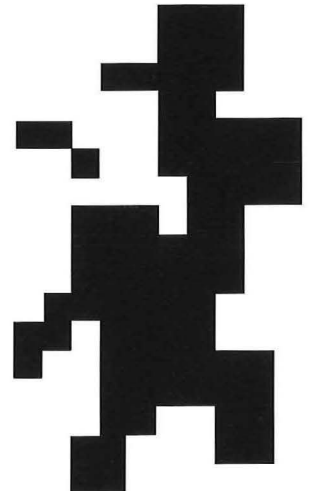
Con el avance de la desterritorialización, mucho más rápida como es lógico en la producción y en la difusión

de materiales informativos y culturales que en sus modos y contextos de consumo, se extiende y se generaliza la posibilidad de percibir elementos de otras identidades, distintas de la propia, o incluso quedan al alcan-

ce propuestas identitarias completas. De este modo, con catálogos cada vez mejor surtidos de retales y recortes identitarios, o de identidades completas en oferta, se configura una verdadera jerarquía de las identidades y de las piezas o capas que las componen. La jerarquía se establece en función de parámetros como el prestigio, la modernidad o el reconocimiento, y se cotiza bajo la influencia del origen, los reclamos, el poder de seducción de los símbolos propuestos, o los individuos y grupos representativos de cada marca. Eso explica, por ejemplo, que determinados fragmentos de identidad adquieran una relevancia especial cuando aparecen vinculados a personajes de éxito de la industria de la cultura y del espectáculo, de las artes o el deporte.

En ocasiones, el poder evocador y dispensador de rasgos identitarios de las industrias de la experiencia –de la información, el ocio, la representación, la simulación– llega a equipararse –o incluso puede parcialmente suplantar– a algunos rasgos decisivos que tradicionalmente eran elaborados a partir de determinaciones históricas que se mantienen activas como fuente de identidad: la clase social, la etnia, el medio geográfico o la religión.

La desterritorialización y el aumento de la información que circula por los sistemas sociales están permitiendo que surjan, junto al temor de una mayor y progresiva homogeneización impues-



ta por los centros hegemónicos, nuevas oportunidades de elección. El riesgo real de desarraigo se contrapone a una manifiesta disponibilidad de más variadas opciones identitarias. La adopción tradicional de rasgos identitarios básicos había estado condicionada –y a veces condenada– a operar en un régimen de estricta proximidad. Y el medio cultural próximo imponía el complemento preciso a las determinaciones naturales, dejando un estrecho margen de maniobra a quienes se quisieran exploradores y definidores autónomos de sí mismos.

El curso de una presunta crisis de cambio de era, en pleno período de transición acelerada, requiere la remodelación de las identidades y la redefinición de los nuevos sujetos históricos que emergen de las tensiones que provoca el capitalismo informacional. En estas condiciones, será menor el peso de lo «territorial», y de los materiales vinculados a la tradición heredada en el seno de grupos históricos estables, en la conformación de las conciencias de sí y del mundo y de sus expresiones sociales.

Los modos de recepción cultural son expresión de la diversidad de la experiencia y del conocimiento humano. La autonomía y la densidad crítica de estos modos de recepción, respecto de los modos y las estrategias de producción y difusión de los nudos hegemónicos de unas redes de comunicación instaladas sobre la desigualdad, resultarán fundamentales para establecer el ensanchamiento o el estrechamiento de los márgenes de libertad con los que cada cual pueda proporcionarse una identidad y constituirse como sujeto histórico, o como parte de alguno.

En el escenario inminente de los materiales disponibles para la tarea de la reinención de múltiples «yo» y «nosotros» se perfila el inevitable debilitamiento de la capacidad de programación de las memorias colectivas profundas frente a un correlativo fortalecimiento de las memorias colectivas recientes, vinculadas a los consumos culturales característicos de cada generación. Esta horizontalidad e inmediatez de la construcción identitaria, presente ya en las culturas juveniles, contribuye a explicar procesos como el de la paradójica combinación de complejidad y superficialidad de muchas nuevas opciones identitarias. La complejidad como resultado de la combinación de elementos muy diversos sin que sea imprescindible un enlace de coherencia manifiesta entre ellos, porque la coherencia imaginable sólo reside en el sujeto que elige y es concebida como la clave de su libertad. La superficialidad como condición de posible adscripción inmediata y temporal, como condición de acumulación de rasgos y de posible experimentación y cata, como consecuencia de una adopción de compromisos frágiles con cada elemento probado para que pueda ser cambiado y no se convierta en lastre. Complejidad y superficialidad para que la identidad pueda ser efímera, incluso ostentosamente cambiada al antojo. Como un disfraz que expresa e identifica pero no marca a fuego para siempre.

El desplazamiento de los modos de identidad personal hacia una mayor flexibilidad y movilidad se ve reforzado por los procesos de hibridación social que han acompañado la emergencia de lo intercultural. La hibridación cultural es el complemento imprescindible de la desterritorialización cultural, en lo que contiene de potencialidad liberadora, pero también en el riesgo que entraña de disolución de los sistemas de comunicación y de sentido económicamente más pobres, demográficamente más reducidos, históricamente más castigados y minorizados. La desigualdad de las condiciones de partida –oralidad precaria frente a opulencia de conglomerados industriales, en ocasiones– evita incurrir en ingenuas generalizaciones apologéticas de lo multicultural indiscriminado, próximas a las propuestas supuestamente abiertas y encubiertamente darwinistas de ciertas elites cosmopolitas.

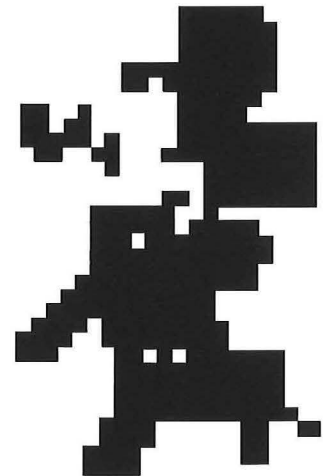
La coexistencia de opciones y propuestas en los mismos espacios y en los mismos medios puede propiciar, efectivamente, una especie de selección natural que determine que algunos sistemas culturales y ciertas identidades, por causa de su supuesto carácter «demasiado local», puedan desaparecer ante la fuerza de las nuevas identidades, impulsadas por potentes estructuras políticas e industriales. Paradójicamente, algo semejante ha sucedido con la gestación de la nueva elite cosmopolita global, la nueva clase dominante de la cultura internacional, de auto-proclamado carácter postnacional y anacional. Esta *jet-set* de la cultura transversal ha asumido pedazos de diversas culturas y formas identitarias para disolverlos y mezclarlos en un *collage* identitario distintivo inaccesible para los no elegidos. Acostumbrados a unas clases dirigentes tradicionales que influían en las identidades colectivas locales preferentemente a través del control del estado y de sus aparatos, cabe especular acerca de si esta nueva casta imperial instalada en los flujos podrá también proporcionar e imponer retazos de una identidad planetaria para los nuevos sujetos históricos subordinados. Una influencia de este tipo, ¿se estará ejerciendo desde nuevos aparatos mundiales de dominación, desde las grandes empresas productoras de símbolos, desde la imposición de los lenguajes de los nudos de las redes globales? ¿O bien el nuevo modelo de hegemonía no exigirá ya el control localizado de las identidades y los rectores del «capitalismo sin rostro» podrán renunciar a intervenirlas y a suscitar imitaciones forzadas? Tal vez dispongamos, a fin de cuentas, de alguna oportunidad de pasar del predominio de nuestras usadas identidades parcialmente impregnadas de las viejas hegemonías, a nuevas identidades locales, de base nacional-popular, pero articuladas en torno a nuevos modos singulares de cooperación.

Otro posible fenómeno a destacar en este proceso, y no sólo remotamente relacionado con el aumento de la oferta de rasgos identitarios, es el de la asunción de la bifurcación que se opera entre las nociones de ciudadanía y de identidad.

La ciudadanía se concibe como marco de atributos políticos iguales, compartidos por individuos y grupos de identidades complejas no necesariamente coincidentes. La ciudadanía remite a la organización social y política de la convivencia pública y afecta, básicamente, a los derechos y deberes, a los imperativos regulados por ley y a lo establecido institucionalmente. La identidad, en cambio, se concibe organizada a través de la cultura cotidiana y del bagaje simbólico compartidos. Basada en una proyección del propio yo que se articula —y se identifica— voluntariamente con un nosotros, con un colectivo al cual se siente afín. Esta cultura compartida ya no depende tan exclusivamente del marco de ciudadanía, sino también de la voluntad de elección de determinados consumos culturales desde la complicidad y la libre elección.

Comunidad territorial o comunidad virtual

En la gestación de los nuevos sujetos históricos de la era de la informacionalización y la globalización, la naturaleza expansiva de algunos ecosistemas y la capacidad de las redes de telecomunicaciones de proporcionar conexiones a escala mundial ha planteado la posibilidad del alumbramiento de una nueva humanidad, caracterizada por unos nuevos valores en construcción, un cambio en la configuración del sentido de la vida y, en definitiva, el surgimiento entre amplios



estratos de población de porciones de una identidad común. Esta hipótesis de hermandad universal abarcaría ciudadanos sensibilizados por unas mismas concepciones de justicia, libertad o igualdad, y por un mismo ideario basado en la conservación de la biodiversidad del planeta, en la necesidad de adoptar modelos de desarrollo sostenible o el compromiso con la paz y con las fórmulas dialogadas de resolución de conflictos. Y unas pautas o formas de vida organizadas en torno a nuevas expectativas de longevidad, una nueva organización del trabajo y, de modo general, una concepción de la sociedad y su regulación menos determinada por el imperio de las necesidades y más abocada a la formulación de valores.

Pero, en general, el modelo radicalmente discriminador de globalización en marcha, planteado al servicio del capital financiero y de la perpetuación de la dependencia y la desigualdad, está provocando más bien resistencias populares que se aferran a sus tradiciones identitarias de origen y al patrimonio cultural emanado de sus experiencias históricas particulares. Ante la amenaza permanente de exclusión o de disolución, el papel desempeñado por factores como el género, la etnia, la violencia, la familia, el placer, la felicidad, la muerte, la preeminencia del grupo, la religión, los mitos, los mártires... crea o restituye sólidos lazos defensivos de naturaleza identitaria que, en ocasiones, pueden adoptar discursos argumentales y propuestas de acción y de intervención social de carácter fundamentalista.

En estas condiciones, la búsqueda de elementos que proporcionen identidad deviene crucial. Especialmente, la búsqueda de elementos anclados en tradiciones reales de orden nacional-popular que puedan ser electivos y que puedan resultar compatibles con otros. Puesto que la identidad se funda en la diferencia y en la distinción, conviene apostar por criterios de adopción o asignación de identidad que no estén predeterminados por factores de orden natural y que puedan ser incorporados en estrategias personales de extensión identitaria. A diferencia de lo que ocurre con la etnia o la religión, por ejemplo, la lengua puede ser en ocasiones elegida y es fácilmente compatible con otras. La adopción de la lengua como vía de adscripción a un grupo o a una comunidad se presenta como un modo voluntario, abierto, no excluyente, de libre incorporación. Cuando se trata de lenguas y de patrimonios lingüístico-culturales de dimensión reducida, pero con un ecosistema de base con estructura suficiente como para garantizar una normal reproducción y proyección, su capacidad de proporcionar identidad distintiva y de establecer una vinculación estrecha al grupo es muy considerable. Mientras, la función preferente de grandes vehículos de comunicación de las lenguas mayoritarias, habladas por centenares de millones de personas, hace que disminuya su capacidad de generar identidad por sí mismas. Lo distintivo se desplaza entonces hacia el modismo, el acento, el uso particular. Así pues, para las comunidades de raíz nacional-popular que han podido mantener activo su patrimonio lingüístico-cultural en condiciones de perdurabilidad, la lengua se constituye en un nuevo territorio posible de encuentro en el orden real y en el orden virtual. Y en el más poderoso, abierto y democrático instrumento de vertebración identitaria, de cohesión del grupo y de incorporación voluntaria de ciudadanos del mundo en busca modos complejos, profundos y expertos de designar el mundo y de modos no jerárquicos de distinción.

*La búsqueda de
elementos que
proporcionen
identidad deviene
crucial.*

